



Recensioni Recensione Recensione

Agustín Domingo Moratalla: *El arte de cuidar. Atender, dialogar y responder*

(Ed. Rialp, Madrid 2013, 252 págs.)

Por Víctor Páramo Valero¹

¹ Universidad de Valencia. Ver más en nuestro link de Autores.

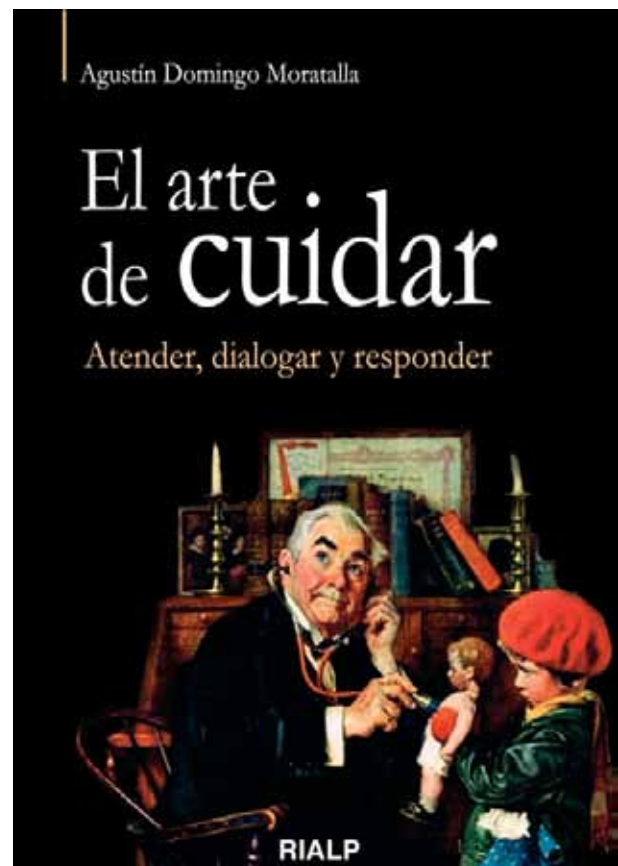
¿Para qué sirve realmente la filosofía? Ésta es una pregunta que muchos, filósofos y no filósofos, se hacen. Los filósofos han dicho, desde la Modernidad, que su función no es otra que la de hallar los fundamentos del conocimiento. Bien sea del conocimiento moral, bien del conocimiento estético o bien del conocimiento lógico, la filosofía se encarga de encontrar lo que los hace posible y sobre lo cual descansan.

La idea misma de alcanzar unos fundamentos seguros que otorguen validez a todo conocimiento posible ha sido rechazada, sin embargo, por un amplio conjunto de pensadores contemporáneos. Sellars o Rorty, entre otros muchos, han postulado que la tarea de la filosofía es muy distinta. El filósofo, para Rorty, no debe encargarse sino de hacer que la “conversación de la humanidad”, iniciada por los primeros maestros y científicos griegos, no cese.

La pregunta por la utilidad de la filosofía puede disgregarse en distintas subcuestiones según el campo de conocimiento filosófico al que se aluda: ¿Para qué sirve realmente la teoría del conocimiento? ¿Para qué sirve realmente la filosofía del lenguaje? ¿Para qué sirve realmente la filosofía moral?¹ Esta última pregunta goza de especial relevancia por lo que respecta a los propósitos del presente trabajo. La ética ha demostrado ser útil en la sociedad contemporánea sobre todo desde que se produjo el denominado “giro aplicado”, en el cual la filosofía moral comenzó a ocuparse no tanto de problemas de fundamentación cuanto de cuestiones que exigen la “aplicación” de los

razonamientos y explicaciones de carácter moral a ámbitos no estrictamente teóricos.

En el campo de la ética médica ha habido distintas líneas y propuestas de actuación con las que médicos, filósofos, juristas e incluso teólogos siguen debatiendo



¹ Cfr. Cortina, A.: *¿Para qué sirve realmente la ética?* Paidós, Barcelona, 2013.

hoy en día. La ética médica propone métodos que no se atienen única y exclusivamente a la deontología, ya que trata de considerar algo que pertenece menos a la legalidad que a la moralidad.

Una de las propuestas más novedosas dentro de la ética que se ocupa de reflexionar sobre la relación entre el médico y el paciente, y entre éstos y la sociedad, es la "ética del cuidado". En los últimos años se han publicado importantes trabajos sobre la ética del cuidado. En lo que sigue presentaremos uno de ellos: El arte de cuidar. Atender dialogar y responder, del profesor Agustín Domingo Moratalla².

"El cuidado se ha convertido en una categoría clave para comprender, explicar e interpretar el cambio de época al que estamos asistiendo"³. Ese cambio de época ha tenido y tiene lugar, en particular, en los problemas y métodos de las ciencias humanas, sociales y de la salud. En estas últimas el cuidado es una categoría ética central que se enseña en aquellas disciplinas en las que se forman los futuros profesionales que tratarán a diario con pacientes, disciplinas tales como la medicina, la enfermería, la odontología o la psicología. Pero el cuidado en tanto que categoría moral no es sólo esencial en la práctica de esas disciplinas, sino que también es planteado como un punto de vista alternativo al que parte de una concepción del hombre como 'ser racional'. Podemos identificar 'cuidado' con el desarrollo moral, siempre que éste sea concebido como un proceso "emocional, afectivo y disposicional"⁴.

Formarse y "aplicarse en el cuidado" es también un modo de desarrollar el potencial moral y humanitario que todos llevamos dentro. Al relacionarnos con el resto de personas poniendo en práctica el principio del cuidado adquirimos capacidades que, bien comprendidas, son señales de un "mejoramiento moral". Los "procesos de maduración humana" no sólo se dan gracias a la formación técnica y científica, ni tampoco solamente gracias a un aprendizaje y adquisición de costumbres y valores que consideramos importantes. Cuando el cuidado se plantea en términos de "libertad responsable" es también una fuente de maduración personal.

La relevancia del cuidado a la hora de comprender las relaciones interpersonales que van más allá de la privacidad y que competen a relaciones cívicas -es decir, el cuidado como clave de un nuevo modelo de relaciones interpersonales en el que éstas, lejos de ser simplemente relaciones privadas, son la fuente de la

ciudadanía⁵- ha sido postulada por distintas tradiciones de pensamiento contemporáneo como el personalismo comunitario o la fenomenología hermenéutica, dos tradiciones a las que Domingo Moratalla ha dedicado distintos ensayos y libros⁶.

El planteamiento de El arte de cuidar puede comprenderse en términos de una renovación de lo que algunos autores han considerado la más importante de las tareas con que debe cumplir la ética: proveer una guía para la acción. El cuidado como categoría moral es un horizonte que perseguir en las relaciones interpersonales y profesionales. Cuando ambas coinciden, el cuidado se mantiene como categoría apropiada para ambos contextos.

Con la categoría de cuidado la ética ha comenzado a plantearse "cuestiones sustanciales que afectan a la 'vida buena' o a la 'calidad de vida' en nuevos contextos sociales que exigen respuestas equitativas"⁷. Dicha categoría ha sido desarrollada con relativa rapidez en los últimos años en el campo de la filosofía moral a causa de que ésta ha ido afrontando problemas fundamentales sociales, económicos y políticos propios de nuestra época.

Al comienzo del libro, el profesor Domingo realiza tres "diagnósticos diferentes de la situación moral" en que nos encontramos en la actualidad, a los que denomina "nihilismo preocupante", "nihilismo oxigenante" y "humanismo individualista". Son tres propuestas para "leer el presente". La segunda y la tercera son propuestas que se caracterizan por la esperanza utópica, aunque se han desprendido ya de los antiguos ideales y proyectos de vida en común fundados en la Moral o en la Religión. El neopragmatismo de Rorty sería un ejemplo representativo del nihilismo oxigenante. Su propuesta de solidaridad, democracia y liberalismo es la base de una "ética sin trascendentalismos". El humanismo individualista, a diferencia del marxista o el existencialista, no cuenta ya con una ideología. Su fundamento es la propia naturaleza de la vida moderna, en la que no existen lazos comunes profundos y cada cual debe ser respetado como sujeto de derechos.

2 Domingo Moratalla, A.: *El arte de cuidar. Atender, dialogar y responder*. Rialp, Madrid, 2013.

3 Ibid., p. 12.

4 Ibid., p. 13.

5 Esta relación entre el cuidado como categoría moral y una comprensión no reduccionista de las relaciones interpersonales ha sido expuesta con detalle por el profesor Domingo Moratalla en su libro *Ética de la vida familiar*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2004. Para un estudio de las fuentes de la ciudadanía en clave democrática, véase Domingo Moratalla, A.: *Ciudadanía activa y religión. Fuentes pre-políticas de la ética democrática*, Encuentro, Madrid, 2011.

6 Domingo Moratalla, A.: *El personalismo. Un humanismo del siglo XX*. Cincel, Madrid, 1985; *El arte de poder no tener razón. La hermenéutica dialógica de Gadamer*. Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 1991; *La ética hermenéutica de Paul Ricoeur. Caminos de sabiduría práctica* (con Tomás Domingo Moratalla), Hermes-Campgráfico, Valencia, 2013.

7 *El arte de cuidar*, p. 115.

A este humanismo completamente renovado pertenecen dos clases de individualismo. El primero es el "individualismo irresponsable", el cual se atribuye a quienes sólo prestan atención a sus preocupaciones presentes y no advierten que en el futuro tendrán otras preocupaciones que también deberán ser atendidas. No perciben que si no escogen bien en el presente -es decir, si no cuentan en el presente con el futuro-, con gran probabilidad el porvenir entrará en conflicto con el pasado. La responsabilidad implica, entre otras cosas, hacerse cargo de las consecuencias de las elecciones y actos que se toman en el presente. Un individualismo responsable se sabe situado en un horizonte de posibilidades, algunas de las cuales deben ser escogidas para que el presente mantenga una relación armoniosa con el futuro. El bienestar y la felicidad son horizontes morales hacia los cuales se dirige cada uno en forma de elecciones. Una elección es responsable si y solo si persigue aquellos horizontes tratando de que los medios de los que ahora se sirve sean también válidos en el futuro. Y esto quiere decir que la elección de los medios debe estar siempre en función de los buenos y sostenibles fines. Si considero que la felicidad es la meta fundamental de mi propia vida, los medios para alcanzarla tendrán que ser tales que permitan acercarnos a ella tanto en el presente como en el futuro, de modo que pueda convertirse en una felicidad duradera⁸.

Otros autores como Fernando Savater o Victoria Camps, cercanos a las propuestas humanistas modernas, plantean el individualismo en términos de solidaridad. En un texto reciente, titulado *Ética de la creación intelectual*⁹, Savater habla de una ética que, como la griega, plantea al bien y a la verdad de forma conjunta y que permite el acceso a una verdad sin referencias, producida por la imaginación. Una conjunción gracias a la cual la creación intelectual, en la que se unen imaginación y reflexión, no pierde arraigo en la realidad, sino que, por así decirlo, accede a ella de forma más rica y original, extrayendo de ella una verdad que puede ser tal porque es buena. Si careciera de carácter moral, la verdad, en la creación intelectual, sería un producto abstracto y en ocasiones incluso contrario a la propia realidad a la que se proponía acceder. El bien, como aspecto moral de la verdad, es el que hace de la imaginación una capacidad propiamente humana. Gracias a ella podemos trazar una vida biográfica que se superpone a la biológica.

8 Son múltiples los autores que han puesto en cuestión la idea de una felicidad duradera e incluso de que exista una genuina felicidad. La fisiología, entre otras ciencias, ha tratado de probar que la felicidad no es sino un ideal inalcanzable. Cfr. Mora, F.: *¿Está nuestro cerebro diseñado para la felicidad?*, Alianza, Madrid, 2012.

9 Cfr. Savater, F.: "Ética de la creación intelectual", en VV. AA.: *Elogio de la filosofía*, Pre-textos, Valencia, 2012.

La vida biográfica y el bien son la forma humana de la verdad¹⁰.

En el segundo capítulo de *El arte de cuidar*, que lleva por título "Una ética para la libertad real y el cuidado responsable", el autor plantea algunos de los problemas morales fundamentales que suscitan tres características de las sociedades modernas: "el emotivismo, el señoritismo y el atomismo"¹¹. Éstas son 'esclavitudes' porque suponen restricciones a la 'libertad real'. Hay otras tres características que son también formas de esclavitud. Tales características de la sociedad moderna o restricciones a la 'libertad real', son: "la inexistencia de carácter, el activismo y la confianza ciega en la técnica". Una libertad responsable, una libertad como "proceso de aliento moral", sólo es posible si se supera la atribución de esas características a la existencia moderna. Y esto quiere decir: sólo tratando de evitar caer en todo lo que ellas suponen podemos aceptar el reto de una libertad propiamente real y no el de una libertad que depende siempre de algo diferente de sí misma.

La libertad real no es sólo ese proceso de aliento moral, sino también un "compromiso cívico y una personalización comunitaria". La libertad no es algo dado, no somos seres hechos cuyo proyecto esté definido. En tanto que seres yectos, estamos siempre por definir. Y la libertad es el elemento rector de esa definición. La libertad dota a la vida de aperturidad, de capacidad para completarnos a nosotros mismos en tanto que seres-por-terminar. La libertad es ante todo un proceso de construcción de uno mismo. El proceso de "llegar a ser el que eres", interpretado magistralmente por pensadores como Ortega y Gasset¹², es el proceso de una libertad cuyas condiciones no son restrictivas, sino, por el contrario, habilitantes, en el sentido de Anthony Giddens¹³. Lo que Paul Ricoeur llama "libertad bajo condiciones" es una libertad real en tanto en cuanto esas condiciones no la coartan sino que la impulsan.

Si el emotivismo es una esclavitud, no lo es menos el "atomismo", esto es, la defensa de la independencia del individuo respecto de la sociedad en la que nace. El "individualismo moral" al que hoy se rinde culto contribuye a que los ciudadanos sean irresponsables, no se hagan cargo de los derechos y deberes que tienen para con la sociedad, como hemos señala-

10 Los esquemas intelectuales surgen de la imaginación y se aplican al mundo real en forma de reflexión. Son una interpretación de éste que en ningún caso puede sustituirlo.

11 *El arte de cuidar*, p. 41.

12 Cfr. Ortega y Gasset, J.: *Goethe desde dentro*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.

13 Cfr. Giddens, A.: *La constitución de la sociedad*. Amorrortu, Buenos Aires, 2003.

do. La libertad no es simplemente el establecimiento de distancias e interposición de barreras entre mí mismo y el resto de individuos. La libertad es algo más que la autonomía o independencia.

En el ámbito sanitario hay muestras del triunfo del atomismo social. Del mismo modo que existen múltiples modos de explicar el funcionamiento de las instituciones sanitarias, podemos señalar distintos niveles de relaciones inter e intrapersonales en esas instituciones. Los modelos que los sociólogos han ideado para explicar cómo se desarrollan esas relaciones en distintos espacios son útiles para comprender no sólo tales relaciones y espacios sino también la forma misma en que está configurada la vida profesional de quienes desempeñan sus labores en tal contexto. El médico de familia, el médico cirujano o el enfermero mantienen con el paciente una relación muy distinta. A pesar de pertenecer todos ellos a una misma institución -que se encarga de promover, a cambio de remuneración económica, la cura, el cuidado y la mejora de la salud-, su papel dentro de ella -se la perciba bien desde dentro, es decir, desde el modo en que está organizada, o bien desde el exterior, es decir, desde una perspectiva que considera a los profesionales como parte del todo mayor y englobante que es la institución- es completamente distinto.

La ética del cuidado, en tanto que ética de la responsabilidad, establece las coordenadas del buen comportamiento de quienes ejercen su labor en el ámbito sanitario. "Cuidar" puede ser comprendido de diferentes modos en este contexto, todos ellos claves para la construcción de esa ética del cuidado:

"atender a otro, tener compasión del otro, ponerse en lugar del otro";

"ayudar al otro a realizar lo que no puede hacer por sí mismo, ayudarlo a que sea autónomo, a que tenga su propia vida";

"invitar al otro a que reconozca su vulnerabilidad y se deje ayudar";

"velar por el bien del otro, convertir al otro en centro de gravedad de nuestra acción";

"acompañar al otro sin necesidad de indicarle o determinar el camino que debe seguir";

"hacerse cargo del otro, cargar con él, encargarse de él, con-dividir la carga que lleva";

"crear hogar" para con el otro; y salvarlo "de una soledad no deseada"¹⁴.

Hemos visto que El arte de cuidar toma como punto de partida el diagnóstico de la situación actual en torno al papel de la cura y el cuidado tanto en el marco de las reflexiones de carácter ético sobre la tarea y fines del médico como en el del propio ejercicio de la medicina y otras profesiones con las que comparte fronteras.

En la actualidad son muchas las corrientes de pensamiento filosófico que se han ocupado de desarrollar esta categoría ética y ontológica. Domingo Moratalla lo hace, como dijimos, desde la tradición personalista, asumiendo las transformaciones contemporáneas de los modelos de racionalidad.

El cuidado, entendido en clave de responsabilidad, puede convertirse en la categoría central de la bioética. Las instituciones que se encargan de promover la salud pública (bien por medio de investigaciones clínicas o bien en la práctica diaria hospitalaria) se encuentran hoy ante los retos a los que la ética del cuidado trata de responder, sin caer en los pragmatismos e individualismos que hoy son preponderantes. Entre los valores morales que envuelven a la práctica médica de nuestros días, el del cuidado se alza como uno que viene a remediar la situación a la que se han abocado los factores sociales y económicos actuales, factores que no se habían dado en las sociedades del pasado. No es necesario remontarse excesivamente en el tiempo para comprobar la distancia que existe entre las sociedades del pasado y las del presente en lo tocante al lugar que ocupan en ellas las instituciones que se encargan de la promoción de la salud y el bienestar. En el periodo inmediatamente anterior a las revoluciones científicas, industriales y político-sociales de los siglos XVII-XIX, la población mundial no superaba el billón de habitantes. En la actualidad el número de habitantes humanos que pueblan la Tierra asciende a más de 7000 millones. En particular, en Europa viven hoy más de 700 millones de personas. En España hay aproximadamente 50 millones de personas. Un cuarto de esa población se encuentra sólo en las ciudades de Madrid y Barcelona. Estos núcleos poblacionales disponen de cientos de centros médicos y hospitales públicos al servicio de los ciudadanos. La saturación de la población es un factor fundamental para entender la evolución de la regulación institucional de la medicina en las últimas décadas. Ello explica además que la medicina haya sido un espacio fructífero para el desarrollo de la ética. La bioética es hoy indispensable para regular la práctica de la medicina. No sólo se encarga de sistematizar y racionalizar los problemas legales y morales que implica el implicados en el

14 Ibid., pp. 72-73.

◆ **RECENSIONES**

funcionamiento de un sistema sanitario público-privado, sino que también se ocupa de un nivel micro, en el que entra la relación médico-paciente. Promover el valor del cuidado tanto a nivel macro como a nivel micro es esencial para el futuro de la ética médica.

La ética del cuidado puede afrontar, pues, los nuevos retos que se plantean en el campo de la ética médica. El arte de cuidar, que requiere siempre de “entrenamiento para atender, dialogar y responder”, augura una práctica médica más humana.

